

La sotana tiene la forma de una mortaja, como si quisiera recordarnos que siempre debemos estar preparados para el trance supremo de la muerte.

Este recuerdo les hace poca gracia á los que temen el momento fatal, porque no tienen su cuenta bien justificada.

Un hombre que lucha en el mundo para adquirir una fortuna arruinando á los demás, vendiendo su conciencia y su honor, cuando ve una sotana, no puede menos de exclamar: Esta es la más negra.

Los dos colores en que resaltan más vivamente las manchas son el blanco y el negro; por eso una falta cualquiera llama mucho la atención en un sacerdote: es que ha caído sobre la sotana. Por eso también los enemigos de la Iglesia hacen inauditos esfuerzos para arrojar lodo á las sotanas, para poder enseñarlas manchadas; pero sólo desconocen las huellas de la calumnia los perversos y los tontos.

Para los pobres, para los moribundos, lo negro de la sotana es más claro que la luz.

Los sepulcros llenos de podredumbre, de que habla el Evangelio, estaban blanqueados por fuera; eran nubes de luz henchidas de sombra de muerte, mientras que la sotana puede parecer una sombra, pero guarda siempre la luz divina de la vida eterna.

Un político que cambia de casaca es un hombre ligero, pero á quien nadie rechaza.

Un sacerdote que cambia la sotana por la levita de otra religión, es un apóstata cuyo contacto aborrecen todos.

Para expresar que un hombre ha cambiado de opinión, se dice que ha cambiado de ropa.

El sacerdote no se la cambia nunca, siempre es la misma; igual forma, igual color, inmutable como la Iglesia de Dios.

Un sacerdote sin sotana es como un rey sin cetro; parece que disminuye su autoridad.

Un sacerdote puede salir de casa, viajar ó visitar vestido de levita, pero para todas las funciones de su sagrado ministerio no le es posible prescindir de la sotana.

Y, observadlo: cuando veís un sacerdote sin sotana, os parece que le falta algo...